La sed de los labios y del corazón

www.paoline.org

Tercer Domingo

Ex 17,3-7; Rom 5,1-2.5-8; Jn 4,5-42

«Dame de beber» (Jn 4,7). Con esta petición inusual Jesús desplaza literalmente a la mujer que tiene ante sí en el pozo de Sicar. Además, en aquellos tiempos no se podría pensar un encuentro más improbable: un hombre y una mujer, aún más, aún más, un rabino y una desconocida, y mucho más todavía ¡un judío y una samaritana! Y sin embargo, basta sólo una humilde petición para iniciar un diálogo, que de otra manera sería impensable. Como evidencia el hecho, el Maestro hace que todas las distinciones y obstáculos mentales, culturales y religiosas desaparezcan, porque es un hombre libre y sabe que, más allá de las diferencias, está la mirada más profunda que nos hace a todos iguales, la mirada de Dios.

Es necesario ampliar la mirada para comprender mejor la importancia del agua, que para Jesús no es sólo una necesidad física. La mujer, concreta y al mismo tiempo astuta, quería reducir a esto su invitación a beber "el agua viva", pero hay que ir más allá del nivel material. En efecto, existe una sed física y una… del corazón. A este punto, Jesús le dice: «Si conocieras el don de Dios» (Jn 4,10). No es que a toda costa se quiera problematizar la realidad, sino más bien hacer entender que en la vida hay siempre – a nivel más externo – un deseo más profundo de interpretar. Por esta razón el Maestro improvisa una pregunta relacionada al marido de la mujer. En efecto, había tenido una vida sentimental más bien difícil (cf. Jn 4, 16-18). Así deja entender que detrás de los cinco maridos se esconde una necesidad de amor humano, que corre el riesgo de ser estancado si se detiene sólo en la dimensión exterior. El amor es al mismo tiempo siempre carnal y siempre espiritual: cuando se lo reduce a una dimensión material, sin sacrificios, fidelidad y gratuidad, se corre un grave peligro. Así como cuando se languidece en una percepción sólo espiritual, sin vínculos, acciones concretas y generosidad.

A esta altura, Jesús quiere abrir la inteligencia a una religiosidad menos legalista y más centrada en la relación personal con Dios «en espíritu y verdad» (Jn 4,23), es decir, más allá de los símbolos y en su plena revelación, que es el mismo Jesucristo.

Aquí el Maestro deja entrever una religiosidad no cerrada, sino abierta a la novedad de su Persona. «El que beba del agua que yo quiero darle, nunca más volverá a tener sed». Él es el agua y no otros sustitutos. « ¡Soy yo, el que está hablando contigo!» (Jn 4, 26) es la afirmación de una certeza: la verdadera fe que brota sólo en el encuentro con Él.

Don Domenico Pompili

CUARESMA

Ya no podría vivir

Yo pienso que no podría más vivir,
si ya no lo escuchara hablar.

(Johann Adam Mohler,1796-1838)